

LA INVERSION DE LA DEMOCRACIA

LA televisión, las fotografías, los periódicos están, aparentemente, inventados para recoger y repetir algunos hechos trascendentales que se desarrollan en un punto determinado y difundirlos por todo el país o por todo el mundo, cuando el hecho tiene mayor importancia. Es la base de la información y es una de las bases de la democracia: la libertad de prensa. Desde hace cuarenta o cincuenta años, y concretamente desde la aparición de la televisión, parece que este orden lógico se ha invertido y que ciertos hechos se producen no por sí mismos o por su importancia intrínseca, sino para poder aparecer en la televisión y ser recogidos por la prensa. Con la fruición de los nuevos ricos que se lanzan sobre una de las posibilidades a que les da derecho su opulencia de poder, los gobernantes españoles se están beneficiando de esta inversión de la realidad. Las incesantes imágenes y la tosca letra que ha producido el viaje del señor Suárez a las islas Canarias producen esta impresión. Los verdaderos problemas del lugar escogido han sido asutilados, atenuados: la guerra de influencias entre los grandes bloques sobre la costa africana, la base de la OTAN, el largo abandono de la economía de las islas, la guerra del tabaco, el plátano y el tomate, el paro, los salarios bajos, las secuelas del "régimen económico"... En su lugar, aparecen la sonrisa del personaje, sus embarques y desembarques con los clásicos pasillos con la escolta de los personajes secundarios, los "baños de multitud" con apretones de manos incesantes, los discursos retóricos, y luego las encuestas que se suponen libres, fuera de todo montaje o supresión: "¿Qué le parece a usted el viaje del presidente Suárez?". Un revestimiento más que de jefe de Gobierno de Jefe de

Estado. Y concretamente, de Jefe de Estado anterior. Es decir, una imagen de dictadura.

FUERON, efectivamente, las dictaduras ya caídas o muertas de muerte natural las que inventaron esta inversión de la democracia. Se la robaron al pueblo. La información es del pueblo, o debe ser del pueblo. Forma parte de su patrimonio. La paga. Es cara, cada vez más cara, y la paga. Las dictaduras encontraron la forma de albergarse en las formas hechas naturalmente por la democracia, o emanadas de ella. Las justificaron, como todo, con el disfraz de la necesidad nacio-

este gasto en la figura de un presidente de Gobierno supone ya un culto a la personalidad. Se pierde la noción de si se está sirviendo al tema canario o si Canarias están sirviendo al presidente. Esta otra inversión de los valores naturales. Y es, en fin, una repetición de medios de la dictadura. Lo que es peor, de medios desgastados e inútiles de la dictadura. En un resumen quizá excesivamente significativo: es una dictadura.

DEBEMOS empezar a olvidarnos de la dictadura de chafarrinones y esperpentos: de las cárceles, las persecuciones, los campos de

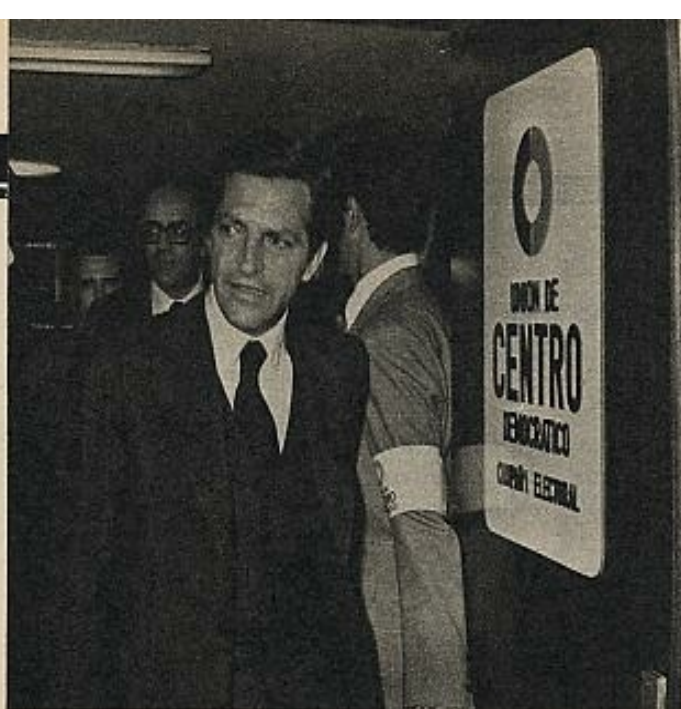
concentración o la violación de todos los derechos del hombre, y empezar a acostumbrarnos a defendernos de estas otras formas de la dictadura. Sobre todo, de la inversión de los términos democráticos. El señor Suárez es un maestro consumado de este tipo de inversión. Si fue presidente designado del Gobierno, buscó la forma de una legalización popular por la vía equívoca de las elecciones del 15 de junio, hechas ya desde el poder. Si los partidos políticos son creaciones populares para un acceso al poder, el señor Suárez creó el suyo desde el mismo poder y para justificarlo. Si ahora se le va de las manos, no será tampoco más que una consecuencia de la debilidad con que se formó, de la inexistencia ideológica de sus bases y de la falta de apoyo popular para su fórmula. Creó una necesidad de oposición para rellenarla después y amansarla con pactos. Y creó unas Cortes que han resultado desmañadas. El mismo espectáculo de la última sesión, con el desaliño de votos contrarios que no quisieron serlo realmente, resulta más grave por el tenor de aquello que se discutía: la publicidad o no publicidad de los anticonceptivos. Otra cuestión de apariencia: aceptada como con dolor y remedios de pudor la inocuidad de los anticonceptivos —y no su esencia, que es la de formar parte de una de las libertades humanas en general, y del uso de sí misma que puede hacer de ella la mujer—, lo que quería el partido dominante era suprimir su publicidad: que no se hablase del tema, que pasase, en lo posible, como inadvertido.

HAY toda una hipocresía gobernante hacia la vieja temática de la derecha y del régimen antiguo. La izquierda tiene la noción de que el Gobierno busca la forma de no asustar a esa oposición de su derecha, que intenta una semántica, un vocabulario, una utilización de usos y costumbres que no desmande a quienes tradicionalmente son adictos a los principios y que parece que hicieron suya aquella máxima de la élite política inglesa, en los romos tiempos victorianos, "manners before morals", que las maneras o las formas se mantengan antes que la moral. Podría encontrarse esta hipocresía gobernante con un precedente en la forma en que De Gaulle sujetó a su derecha, a partir del famoso "Je vous ai compris" que emitió en



nal. Podría decirse, efectivamente, que una noción de la problemática canaria —que en este caso sólo viene aquí como ejemplo y como actualidad— es de interés nacional: reforzar un sentimiento de algo más que unidad entre el archipiélago y la Península, afirmar que no puede haber predaciones sobre un fragmento del suelo nacional por distante que esté. Son cuestiones quizá tan sabidas que no hace falta insistir demasiado sobre ellas. Podría, en algún caso, ligarse esta cuestión a un personaje emblemático, como es el del Jefe del Estado; pero hacer todo

concentración o la violación de todos los derechos del hombre, y empezar a acostumbrarnos a defendernos de estas otras formas de la dictadura. Sobre todo, de la inversión de los términos democráticos. El señor Suárez es un maestro consumado de este tipo de inversión. Si fue presidente designado del Gobierno, buscó la forma de una legalización popular por la vía equívoca de las elecciones del 15 de junio, hechas ya desde el poder. Si los partidos políticos son creaciones populares para un acceso al poder, el señor Suárez creó el suyo desde el mismo poder y para jus-



Si los partidos políticos son creaciones populares para un acceso al poder, el señor Suárez creó el suyo desde el mismo poder para justificarlo.

Argel antes de comenzar a desmantelar a aquellos a quienes había comprendido quizá demasiado bien. Hay mucho del general De Gaulle en Suárez, aunque tal vez lo haya aprendido por una vía indirecta, imitando al Presidente Giscard. Pero el mismo De Gaulle, con toda su astucia de aldeano, no pudo mantener durante más de diez años esa ficción con su derecha, y pronto se cumplirán otros diez del momento en que fue defenestrado por su propio delfín, Pompidou: por la derecha que no consiguió, finalmente, domesticar. Mientras la izquierda cree que el partido gobernante está usando de esa sutileza, la derecha hace ya tiempo que no ha aceptado el juego y está formando una verdadera oposición. No ya en el Congreso, donde no tiene más poder que el de los cuatro desgañados de Alianza Popular, sino en la calle y en su prensa. La derecha es una verdadera oposición, y está representando su papel histórico con más fuerza y con más entereza que la oposición de izquierda. Se está rehaciendo rápidamente de unas derrotas más debidas a la naturaleza de las cosas que a una acción real de gobierno y que a la presencia de una oposición organizada: y este renacimiento de la derecha española debe mucho más de lo que se cree a lo que la izquierda sigue creyendo que es una fórmula para no asustar. Poco a poco, esa hipocresía de lenguaje y de maneras se va integrando real-

mente en una derecha existente que, sin embargo, no se considera compensada. Lo está de entrada por la inversión de los valores democráticos: lo está también por el ambiente de miedo creado en torno a las modificaciones sustanciales de la política española, que se van retrasando y tergiversando. Lo está por la inanidad de la oposición. Pero nunca le parecerá lo suficiente.

ESTA forma de gobernar para la televisión, en lugar de permitir que la televisión simplemente contemple —permita la contemplación popular— de los actos de gobierno y de los actos políticos de toda índole, puede ser una forma grave de la dictadura. Mostrar los desfiles del 1 de mayo, significando que la izquierda tiene ya lo que quería, no es más que una forma de esa tosca sutileza, si se permite la contradictoria expresión. Es mostrar una generosidad para con la izquierda, como pareció ser la generosidad la que fabricó las legalizaciones de los partidos. Lo más grave puede ser que la misma izquierda, al desfilar y por el hecho de que su desfile sea visto por toda la nación, crea también que tiene ya lo que quería. Las manifestaciones del 1 de mayo nunca han sido un fin en sí mismas, sino un medio. El objetivo de las manifestaciones de primero de mayo es conseguir que haya una situación de justicia que haga innecesarias las manifestaciones de primero de mayo. De lo cual está muy lejos.

Los
Contem
porá
neos

LOS POLITICOS Y EL MISTERIO

PUESTO que estos misterios me sobrepasan, fingiré ser su organizador", dice un personaje de Jean Cocteau. Este sentimiento eclesidástico de la vida parece ser el de algunos españoles preclaros —o postoscuros— de este específico momento. Sobrepasado por el misterio profundo de la democracia, el señor Suárez finge ser su organizador, por medio de un partido cuyo misterio sorprende a todos y del que finge, también, ser organizador. Sobrepasados por la sed de unidad de sus bases, los señores Tierno y González fingen maravillosamente la organización de la unidad, y sobrepasado el señor Carrillo por el misterio del eurocomunismo y de la calidad evanescente de la figura de Lenin, organiza un congreso. Sobrepasados por las huelgas y las protestas, los sindicatos fingen ser sus organizadores; sobrepasado por la tendencia del orden público, el señor Martín Villa finge que lo organiza. En este país todos son fanáticos de la organización, con excepción de los anarquistas. A los cuales les está sorprendiendo otro misterio: se están organizando sin proponérselo.

Charlot, en una película famosa, recoge bondadosamente una bandera roja que se ha caído de la prolongación de carga de un camión: corre tontamente para alcanzarlo, agitando su bandera roja, y se encuentra sin pensarlo al frente de una manifestación. Muchas veces, la política ha sido así. Aquí, desde hace tiempo, las gentes corren por las calles con banderas en la mano, banderas de todas clases, con la esperanza de coincidir con alguna manifestación y quedar a la cabeza, y muchas veces lo consiguen.

Hubo un tiempo en que los políticos dirigían a sus pueblos, los organizaban y los administraban. Hace ya años, hace ya mucho mundo, que los políticos han entablado una loca carrera con sus pueblos para conseguir ponerse delante y fingir que son los organizadores del misterio. Aquellos grandes tiempos de los conductores, de los grandes jefes, han dejado una huella brillante en la Historia: guerras, matanzas, inquisiciones, tormentos, hambrinas, levadas, epidemias, saqueos y otras muestras de la grandeza del señor. En estos tiempos de los pueblos por delante hay apenas un poco de terrorismo, que nunca consigue la brillantez heroica de Stalingrado, Buchenwald, My Lai o la fosa de Katyn. Hay una sensación de desorden, que podría ser incluso natural si aceptamos, con Rousseau que "el orden social nunca viene de la Naturaleza: está fundado sobre convenciones". Sobrepasados por estos grandes misterios, nuestros políticos buscan la creación de convenciones que les dé la sensación de ser sus organizadores. Como los grandes sacerdotes en Egipto, incapaces de controlar las crecidas del Nilo, fingían ser sus creadores. Con lo cual mantuvieron una religión. Lo que pasaba entonces es que se sabía —lo sabían ellos— en qué períodos crecía y en qué períodos decrecía el Nilo.

Con los pueblos, no se sabe nunca. Y menos aún con España. Un día Esquilache manda llevar las capas cortas y se arma un motín que puede cambiar la política del país. Un año quieren entrar las tropas napoleónicas y el pueblo las mata; otro año pasan por el país los Cien Mil Hijos de San Luis y el pueblo los aplaude. Por eso se dice que España es ingobernable: porque los políticos no corren nunca lo suficiente como para ponerse por delante del pueblo. Y porque no siempre aciertan a fingir bien que organizan los misterios que les sobrepasan. Y, en estos momentos, les están sobrepasando todos los misterios posibles. ■

POZUELO